Fiódor Dostoievski

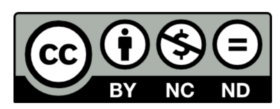
Algo personal

(1873)



Título original: *Нечто личное*
Fiódor Mijáilovich Dostoievski, 1873

Traducción: Nelson Rivas
Diagramación: Nelson Rivas
Junio, 2019 (v2.0.14619)
Fuente: Biblioteca Virtual Rusa (https://rvb.ru)
Más textos en El pájaro del sombrero azul



Me han instado varias veces a escribir mis memorias literarias. No sé si escribirlas, pues mi memoria es débil. Además, es triste recordar; en general, no me gusta recordar. Pero hay algunos episodios de mi carrera literaria que me vienen a la mente con excepcional claridad, a pesar de mi pobre memoria. He aquí, por ejemplo, una anécdota.

Una mañana de primavera fui a visitar al fallecido Yegor Petróvich Kovalevski. A él le gustaba mucho mi novela *Crimen y castigo*, que en aquel entonces había aparecido en *El Mensajero Ruso*. La elogió con fervor y me dio una opinión, de mucho valor para mí, de una persona cuyo nombre no puedo revelar. Mientras tanto, a la habitación entraron, uno tras otro, dos editores de sendas revistas. Una de esas revistas adquirió posteriormente un número hasta ahora inaudito de suscriptores para una de nuestras publicaciones mensuales, aunque apenas estaba comenzando. La otra, por el contrario, ya había completado una notable existencia influyente en la literatura y en el público. Pero entonces, esa mañana, su editor aún no sabía que su publicación estaba ya muy cerca de llegar a su fin. Fue con este editor que nos fuimos a otra habitación y nos quedamos solos.

Sin mencionar su nombre, solo diré que mi primer encuentro con él en la vida fue en extremo cordial, un

encuentro extraordinario que siempre he de recordar. Puede que él también lo recuerde así. Él en aquella época aún no era editor. Luego tuvimos varios malentendidos. Tras mi regreso de Siberia, nos encontramos muy rara vez, pero una vez me dijo de pasada unas palabras extremadamente afectuosas y, respecto a cierto asunto, me indicó unos versos, los mejores que él jamás hubiera escrito. Añadiré que, por su apariencia y sus costumbres, nadie parecía menos que él un poeta, y, además, de los «sufridos». No obstante, él es uno de los más apasionados, sombríos y «sufridos» de nuestros poetas.

—Vea, lo hemos criticado duramente —me dijo él (es decir, en su revista a propósito de *Crimen y castigo*).

—Lo sé —dije.

—¿Y sabe usted por qué?

—Probablemente, por cuestión de principios.

—Por Chernyshevski.

Me quedé estupefacto.

—N. N., quien escribió esa crítica —continuó el editor—, me dijo lo siguiente: «Su novela es buena, pero como en un relato, hace dos años, no reparó en humillar a un desdichado exiliado y caricaturizarlo, así, pues, destrozaré su novela».

—¿Así que todo se debe a ese estúpido chisme sobre *El cocodrilo*? —exclamé tras comprenderlo—. ¿Y será que usted también lo cree? ¿Ha leído usted ese relato mío *El cocodrilo*?

—No, no lo he leído.

—Pues no es más que un chisme, el chisme más vulgar que pueda haber. Porque se necesita tener el intelecto y el

instinto poético de Bulgarin para leer semejante alegoría «cívica» entre las líneas de esa chorrada, un relato cómico, ¡y más contra Chernyshevski! ¡Si supiera usted cuán estúpida y forzada es esa interpretación! ¡Nunca, sin embargo, me perdonaré el no haber protestado contra esa vil calumnia hace dos años, justo cuando la difundieron!

Esta conversación mía con el editor de una revista hace ya mucho desaparecida tuvo lugar hace siete años, y hasta ahora no he protestado contra esa «difamación», bien porque he hecho caso omiso de ella, bien porque «no ha habido tiempo». En tanto, esta bajeza que me atribuían permaneció en la memoria de algunas personas como un hecho indudable, halló un camino hacia los círculos literarios, permeó en el público y me ocasionó disgustos más de alguna vez. Ya es tiempo de decir sobre todo esto aunque sea una palabra, más aún puesto que es un momento oportuno, y aunque no tengo pruebas, refutaré una calumnia que, sin embargo, también es en alto grado infundada. Con mi largo silencio y mi negligencia he parecido, hasta ahora, confirmarla.

Conocí a Nikolái Gavrílovich Chernyshevski por primera vez en el año 1859, el primero desde mi regreso de Siberia, no recuerdo dónde ni cómo. Luego nos vimos de vez en cuando, muy infrecuentemente, y conversábamos, pero muy poco. Sin embargo, siempre nos dábamos la mano. Herzen me dijo que Chernyshevski le había dado una desagradable impresión, es decir, por su apariencia y modales. A mí la apariencia y los modales de Chernyshevski me gustaban.

Una mañana encontré en la puerta de mi apartamento, sujeta a la perilla, una de las proclamas más notables de todas las que entonces aparecían, y eso que entonces había

bastantes. Se titulaba «A la joven generación». Era imposible imaginar algo más absurdo y estúpido. El contenido era de lo más indignante, escrito en la forma más ridícula en que solo su malhechor pudo haberlo ideado como para hacer el máximo daño. Me hizo sentir terriblemente molesto y triste durante todo el día. Todo aquello era aún tan reciente e inmediato que incluso era difícil distinguir por completo a la gente responsable. Era difícil precisamente porque no era creíble de alguna manera que bajo toda esta agitación se escondiera tal tontería. No hablo de aquel movimiento en su conjunto, sino solo de las personas involucradas. En cuanto al movimiento en sí, fue un fenómeno difícil y doloroso, pero fatídico desde el punto de vista del devenir histórico que tendrá su propia página importante en el período petersburgués de nuestra historia. Pero parece que esa página aún está lejos de ser terminada.

Y yo que hace ya mucho tiempo, de alma y corazón, no estaba de acuerdo con esa gente ni con el significado de su movimiento, de repente me sentí molesto y casi avergonzado de su incompetencia: «¿Por qué hacen las cosas de manera tan tonta e inepta?». ¿Y qué tenía yo que ver en eso? Pero lo que lamentaba no era su fracaso. De hecho, no conocía a ni uno solo de los que repartían esas proclamas ni los conozco hasta ahora, pero lo triste era que este fenómeno no me parecía aislado, no era una jugarreta tonta de ciertas personas con las que no tenía nada que ver. Aquí hay un hecho abrumador: su nivel de educación, desarrollo intelectual y al menos algún tipo de entendimiento de la realidad era terriblemente deprimente. A pesar de que llevaba tres años viviendo en San Petersburgo

y había observado atentamente otras manifestaciones, la proclama de esa mañana me dejó estupefacto y me dio la impresión de que era una revelación completamente nueva e inesperada: ¡nunca hasta ese día había sospechado que pudiera existir tal insignificancia! Era precisamente ese grado de insignificancia lo que me asustaba. Por la tarde se me ocurrió de repente ir a casa de Chernyshevski. Nunca hasta entonces había estado en su casa ni había pensado estar ahí, así como tampoco él en la mía.

Recuerdo que eran más o menos las cinco de la tarde. Encontré a Nikolái Gavrílovich completamente solo; ni uno solo de sus criados estaba allí, y fue él mismo quien me abrió la puerta. Me recibió con extrema cordialidad y me condujo a su estudio.

—Nikolái Gravílovich, ¿qué es esto? —le dije sacando la proclama.

Él la tomó como si fuera algo completamente desconocido y la leyó. Solo tenía diez líneas.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó con una leve sonrisa.

—¿Es posible que sean tan estúpidos y ridículos? ¿Es que no podemos detenerlos y ponerle fin a esta aberración?

Me respondió con muchísima gravedad e imponencia:

—¿Realmente supone usted que me solidarizo con ellos y piensa que pude colaborar en la redacción de este pedazo de papel?

—En absoluto —le respondí—, e incluso considero innecesario convencerlo de ello. Pero en cualquier caso es imprescindible detenerlos a cualquier costo. Para ellos, su palabra es convincente y, desde luego, temen su opinión.

—No conozco a ninguno de ellos.

—Estoy seguro de que así es. Pero no hace falta que los conozca y hable con ellos personalmente. Lo único que debe hacer es proclamar públicamente su desaprobación y esta llegará a ellos.

—Puede que no surta ningún efecto. Además, estos fenómenos, como hechos marginales, son inevitables.

—Sin embargo, son perjudiciales para todo y para todos.

En ese momento otro visitante llamó a la puerta, no recuerdo quién. Yo me fui de allí. Considero una obligación mencionar que hablé sinceramente con Chernyshevski y creí entonces, tal como lo creo ahora, que él no se «solidarizaba» con quienes distribuían aquellas proclamas. Me pareció que a Nikolái Gavrílovich no le desagradó mi visita; unos días después me lo corroboró al pasar por mi casa él mismo. Pasamos juntos una hora, y confieso que rara vez he conocido a una persona más gentil y cordial, tanto que me sorprendieron algunas opiniones que calificaban su carácter de inflexible y arisco. Para mí era claro que quería familiarizarse conmigo, y recuerdo que eso me agradó. Después lo visité una vez más, y luego él me visitó a mí. Pero pronto, por algunas circunstancias personales, me mudé a Moscú y viví ahí por nueve meses. Así, pues, nuestra naciente amistad quedó suspendida. Después sucedió el arresto de Chernyshevski y su exilio. Nunca supe nada de su caso y sigo sin saber nada hasta ahora.

Un año y medio después decidí escribir un cuento fantástico al estilo del cuento de Gógol titulado *La nariz*. Nunca hasta entonces había incursionado en el género fantástico. Era meramente una broma literaria, escrita únicamente para hacer reír. Efectivamente, se me ocurrieron varias

situaciones cómicas que quise desarrollar. Aunque no valga la pena, contaré la trama para dejar en claro qué fue lo que después sacaron de ella. En aquella época, en San Petersburgo, un alemán exhibía en el Pasaje un cocodrilo a cambio de un pago. Un funcionario petersburgués, antes de viajar al extranjero, va con su joven esposa y su amigo inseparable al Pasaje y, de paso, van a ver al cocodrilo. Este funcionario es de los de nivel medio, pero que tiene cierto estatus independiente; aún es joven, pero lo carcome la vanidad; ante todo, es un tonto, como el inolvidable mayor Kovaliov, que perdió su nariz. Está cómicamente convencido de sus grandes virtudes; medianamente educado, se considera a sí mismo poco menos que un genio. En su departamento pasa por uno de los más inútiles y se siente ofendido a cada momento por la falta general de atención hacia él. A modo de venganza, apabulla y acosa a su sumiso amigo, engrandeciendo su inteligencia sobre él. El amigo lo odia, pero lo soporta todo porque está secretamente enamorado de la mujer del funcionario. En el Pasaje, mientras esta damisela, joven y preciosa, de tipo puramente petersburgués —una coqueta atolondrada de clase media—, se entretiene mirando a los monos que se exhiben con el cocodrilo, su genial marido se las ingenia para provocar al cocodrilo, que hasta ahora descansaba somnoliento como un tronco. De pronto, la fiera abre las fauces y engulle al funcionario entero, sin dejar una sola sobra. Pronto resulta que el gran hombre no ha sufrido el más mínimo daño; al contrario, con la testarudez que lo caracteriza ha anunciado desde dentro del cocodrilo que se siente muy a gusto allí. El amigo y la esposa se retiran

para instar a las autoridades para que lo rescaten. Para ello, parece absolutamente imprescindible matar al cocodrilo, abrirlo y liberar al gran hombre. Además, por supuesto, hay que indemnizar al dueño alemán del cocodrilo y a su inseparable *Mutter*[1]. Al principio, el alemán se indigna y se desespera por temor de que su cocodrilo, que se ha tragado al «funcionario *ganz*[2]», pueda morir; pero pronto supone que este miembro de la administración petersburguesa, engullido pero aún vivo, puede procurarle de aquí en adelante cuantiosos ingresos por toda Europa. Exige por el cocodrilo una desmesurada suma y, además de ello, el grado de coronel ruso. Por otro lado, las autoridades se encuentran ante una dificultad considerable, pues este es un caso novísimo para el ministerio y, por tanto, no tiene precedentes. «Si tuviésemos aunque sea algún precedente, entonces podríamos actuar, o de lo contrario sería engorroso». También sospechan que el funcionario se ha metido al cocodrilo a consecuencia de algunas tendencias prohibidas, liberales. Mientras tanto, la esposa comienza a darse cuenta de que su condición de «más o menos viuda» no está exenta de interés. En cuanto al esposo engullido, le expresa a su amigo que, definitivamente, es mejor para él permanecer dentro del cocodrilo que volver al servicio, pues ahora, lo quiera o no, atraerá la atención de todos hacia sí mismo, algo que nunca pudo lograr antes. Insiste en que su mujer organice veladas y que lo lleven, junto con el cocodrilo, en una caja. Él está seguro de que todo San Petersburgo y todos los grandes dignatarios acudirán a esas veladas para ver

1 ‘Madre’ (*ale.*).

2 ‘Entero’ (*ale.*).

el nuevo fenómeno. Y pretende triunfar: «Pronunciaré la verdad y la enseñaré, daré consejos a hombres de Estado y ante el ministro enseñaré mis capacidades», dice, considerando que ya no es de este mundo y que tiene el derecho de dar consejos y dictar sentencias. A la cautelosa, pero envenenada pregunta del amigo: «¿Pero, si por cualquier proceso imprevisto, el cual, sin embargo, cabe esperarse, él es digerido y transformado en algo que no espera?», el gran hombre responde que ya ha pensado en ello; pero que resistirá con indignación a este fenómeno que es altamente posible de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Sin embargo, la esposa no está de acuerdo con dar las veladas con tal propósito, aunque a ella le guste la idea: «¿Cómo van a llevar a mi marido metido en una caja?», dice ella. Además, la condición de «más o menos viuda» le agrada cada vez más. Le ha tomado el gusto y la gente simpatiza con ella. El jefe de su esposo la visita y juega con ella su as bajo la manga… Esta es la primera parte de este relato cómico, que aún no está acabado. Lo terminaré sin falta algún día, aunque ya lo había olvidado y tuve que releerlo para acordarme.

He aquí, sin embargo, lo que sacaron de esta pequeñez. Tan pronto como el relato apareció en la revista *Época* (en 1865), *La Voz* publicó una extraña nota en un folletín. No la recuerdo literalmente y ocurrió hace mucho como para averiguar, pero el sentido era más o menos este: «En vano, aseguran, el autor de *El cocodrilo* emprende ese rumbo, ello no le traerá ni el honor ni las ventajas que espera», etcétera. Luego venían algunas de las pullas más vagas y hostiles. Lo leí todo de pasada, sin entender nada, solo vi

que había mucho veneno, pero no sabía por qué. Esa vaga opinión folletinesca, claro está, no podía dañarme; de todas maneras, ninguno de sus lectores la entendería más que yo. Pero de pronto, una semana más tarde, N. N. Strájov me dijo: «¿Sabe usted lo que allí piensan? Están seguros de que su *Cocodrilo* es una alegoría, la historia sobre el exilio de Chernyshevski, y que usted quería exponerlo y ridiculizarlo». Aunque me sorprendí, no me preocupé mucho: ¿cuántas de esas conjeturas no ocurren a menudo? Esa opinión me pareció demasiado particular y forzada como para abrirse paso, y consideré completamente innecesario protestar. Nunca me lo perdonaré, pues esa opinión se consolidó y se abrió paso. *Calomniez, il en restera toujours quelque chose.*[3]

Sin embargo, estoy seguro, incluso ahora, de que en ello no hubo en absoluto ninguna difamación. ¿Por qué la habría y para qué? Apenas he discutido con nadie en el mundo literario, al menos no seriamente. Ahora, en este momento, es la segunda vez en veintisiete años de actividad literaria que hablo sobre mí mismo. Ahí no hubo más que obtusidad, una sombría y suspicaz obtusidad, arraigada en alguna mente «tendenciosa». Estoy convencido de que esa mente repleta de ideas está completamente segura hasta ahora de que no ha errado y de que yo, ciertamente, me he burlado del desdichado Chernyshevski. Incluso estoy

---

3 *Calomniez ~ quelque chose:* «Calumniad, que algo queda» (*fra.*), frase de la comedia de Pierre-Augustin Beaumarchais *El barbero de Sevilla* (1775). Una versión anterior aparece en el tratado *De la dignidad y el crecimiento de la ciencia* (1625) del filósofo Francis Bacon, aunque presuntamente tiene su origen en un refrán latino, según el *Doctrinal de Juan del Pueblo* de Fermín Sacristán (Madrid, 1907, p. 78): *Calumniare fortiter aliquid adhaerebit.*

convencido de que no la haré cambiar de parecer ni con explicaciones ni con excusas, ni siquiera hoy. Pero es que es una mente repleta de ideas. (No hace falta decir que no hablo de Andréi Aleksándrovich, quien en calidad de director y redactor de su revista se mantuvo al margen de este caso, como siempre.)

¿En qué consiste la alegoría? Pues claro, el cocodrilo representa Siberia; el presuntuoso y frívolo funcionario, a Chernyshevski. Ha terminado dentro del cocodrilo, pero aún abriga la esperanza de predicarle al mundo entero. Su amigo falto de carácter, al que trata despóticamente, representa a todos los amigos que Chernyshevski tenía aquí en San Petersburgo. La guapa, pero boba esposa del funcionario, que se regodea de su condición de «más o menos viuda», es... Pero aquí esto se vuelve tan sucio que no quiero mancharme al continuar explicando la alegoría. (Y, sin embargo, esta se volvió creíble y, precisamente, puede que sea esta última alusión la que tuvo más crédito; poseo pruebas irrefutables de ello.)

Significa que asumieron que yo, un antiguo exiliado y convicto, me alegraba del exilio de otro «desdichado» y, por si fuera poco, había escrito un libelo cómico sobre el caso. ¿Pero en dónde está la evidencia? ¿En la alegoría? Denme lo que quieran. El *Diario de un loco*, la oda *Dios*, *Yuri Miloslavski*, los versos de Fet, lo que quieran, y me pondré a sacar para ustedes en este mismo instante, de las primeras diez líneas que me indiquen, una alegoría sobre la guerra franco-prusiana o una sátira contra el actor Gorbunov; en resumen, contra cualquiera que se les ocurra. Recuerden, por ejemplo, que en los viejos tiempos, hacia el final de

los años cuarenta, los censores examinaban manuscritos y pancartas: no había una sola línea, ni un solo punto del que sospecharan que tuviera alguna alegoría. Que presenten cualquier cosa de toda mi existencia como evidencia de que paso por un malvado e insensible libelista y que de mí pueden esperarse semejantes alegorías.

Por el contrario, la premura y la impaciencia de tales conclusiones sin fundamento es evidencia de cierta bajeza de espíritu de los mismos acusadores, y de la aspereza e inhumanidad de sus puntos de vista. Ni siquiera la ingenuidad de su conjetura es disculpable. ¿Entonces qué? Uno puede ser ingenuamente malvado y nada más.

¿Puede entonces que yo odiara personalmente a Chernyshevski? Para prevenir esta acusación he relatado deliberadamente nuestra breve y cordial relación. Dirán que no es suficiente y que albergaba un odio secreto. Pues entonces que presenten las causas de tal odio, si acaso pueden presentarlas. No las hubo. Por otro lado, estoy convencido de que el mismo Chernyshevski confirmará la veracidad de mi historia de nuestro encuentro, si alguna vez llega a leerlo. Y quiera Dios que pueda tener esa oportunidad. Tan fervientemente deseo esto como lamento sinceramente su desventura.

¿Pero tal vez era odio por causa de convicciones?

¿Y eso por qué? Las convicciones de Chernyshevski nunca me ofendieron. Uno puede admirar a una persona aun estando radicalmente en desacuerdo con sus opiniones. Aquí, por cierto, puedo hablar con algún fundamento, e incluso poseo una pequeña evidencia. En uno de los últimos números de la revista *Época* (tal vez en el último), que

para entonces había dejado de publicarse, salió publicado un extenso artículo crítico sobre la «famosa» novela de Chernyshevski titulada *¿Qué hacer?* Este notable artículo pertenece a una pluma conocida. ¿Y qué pasa? Pues que precisamente da todo el crédito debido al intelecto y al talento de Chernyshevski. De hecho, se habló muy apasionadamente de su novela. Nunca nadie dudó de su mente excepcional. En nuestro artículo se habló solamente de las particularidades y digresiones de este intelecto, e incluso la seriedad misma del artículo testificó acerca del debido respeto de nuestro crítico hacia los méritos del autor analizado. Ahora deben estar de acuerdo: si le hubiera tenido odio debido a sus convicciones, no hubiera permitido la publicación en la revista de un artículo en el que se hablaba de Chernyshevski con el debido respeto; de hecho, porque yo era el editor de *Época*, y nadie más.

¿Tal vez al imprimir una alegoría ponzoñosa esperaba conseguir algo *en haut lieu*[4]? ¿Pero quién puede decir alguna vez de mí que yo he buscado o ganado algo en ese sentido en algún *lieu*, es decir, que he vendido mi pluma? Incluso pienso que el autor mismo de esa suposición no tuvo tal intención, a pesar de su ingenuidad. Y ciertamente esa suposición no hubiera tenido arraigo en el mundo literario si solo de eso se me hubiera acusado.

En cuanto a la posible acusación de haber hecho una alegoría satírica sobre ciertas circunstancias domésticas de Nikolái Gavrílovich, repito una vez más que ni siquiera quiero tocar ese punto en «justificación» mía para no ensuciarme…

4 ‘En las altas esferas’ (*fra.*).

Es una pena que en esta ocasión haya tenido que hablar hasta por los codos de mí mismo. Esto es lo que significa escribir memorias literarias; nunca las escribiré. Lamento profundamente haber aburrido, indudablemente, al lector; pero estoy escribiendo un diario, un diario que consiste parcialmente de mis impresiones personales, y apenas recientemente tuve una impresión «literaria», que de repente me recordó indirectamente esta anécdota olvidada sobre mi olvidado *Cocodrilo*.

El otro día, una de las personas a quien más respeto, y cuya opinión aprecio mucho, me dijo:

—Acabo de leer su artículo sobre *El medio* y sobre los veredictos de nuestros jurados (*El Ciudadano*, n.º 2). Concuerdo plenamente con usted, pero su artículo podría causar un terrible desconcierto. La gente pensará que usted está a favor de la abolición del jurado en las cortes y de una nueva intervención de la vigilancia administrativa.

Me quedé tristemente perplejo. Esa era la voz de una persona altamente imparcial y que se mantenía al margen de tomar partido en todo tipo de cuestiones literarias y de «alegorías».

—¿En verdad es posible que la gente interprete de esa manera mi artículo? Después de esto no podré hablar acerca de nada. La condición económica y moral del pueblo tras la liberación del yugo de la servidumbre es terrible. Son indudables y en alto grado alarmantes los hechos que testifican continuamente sobre esto. El declive de la moral, la baratería, los taberneros judíos, los hurtos, el bandidaje a plena luz del día, todos estos son hechos indudables y no dejan de aumentar. ¿Entonces qué? Si alguien, preocupado

de espíritu y corazón, toma una pluma y escribe, ¿va a venir alguien a gritar que es un esclavista y que aboga por el regreso de la servidumbre?

—En cualquier caso, debemos desear que el pueblo tenga la completa libertad de salir por sí mismo de su lamentable situación, sin ningún tipo de tutela y sin dar marcha atrás.

—¡Sin duda alguna, y esa es exactamente mi idea! Y si incluso a partir de este declive popular (es la gente misma, al ver sus propios actos, quien ahora dice: «¡Qué debilidad, qué debilidad!»), incluso, digo yo, ocurre alguna desgracia nacional real e indudable, algún colapso gigantesco, una inmensa calamidad, entonces el pueblo se salvará a sí mismo, a sí mismo y a nosotros, como ha sucedido más de una vez, según lo evidencia toda su historia. Esa es mi idea. ¡Basta de injerencias! Sin embargo, hay que ver de cuántas maneras diferentes pueden interpretarse las palabras. ¡Puede que aquí te encuentres con una alegoría más!